

Las gallinas matemáticas

Comedia en un acto



HÉCTOR MENDOZA

Con TERESA y GABRIELA y además una reproductora de audio.

Sobre el escenario hay un par de sillas y un equipo de sonido con grabadora montada sobre una pequeña mesa.

TERESA, una mujer guapa que ha rebasado los treinta años, entra secándose las manos en el delantal que trae puesto sobre una ropa de trabajo un tanto cuanto desaliñada; la cabeza envuelta en una pañoleta. Mira a su alrededor como alguien que no sabe por dónde empezar del trabajo que tiene pendiente. Sin decidirse, se sienta en una de las sillas. Mira al frente con mirada perdida. Después de un momento alarga el brazo y oprime el botón de play en la grabadora. Se escucha:

VOZ DE TERESA. Coman; coman, queridas. Pónganse gordas. Gordas y estúpidas. Sean felices... ¡Tú, gallo malvado, vete de aquí!; déjalas comer! (*Se oyen los ruidos que hace un gallo al ser espantado.*) Cuando menos, déjalas comer...

TERESA. (*Sobre la pista de cacareo.*) ¡Se cree muy guapo!... ¡muy importante!... ¡Ese gallo!

VOZ DE TERESA. Bueno, ya lo espanté...; pero luego va a volver...

TERESA. (*Mira la grabadora.*) ¿Qué?

VOZ DE TERESA. Que ya lo espanté; pero que luego va a volver.

TERESA. (*Estremeciéndose.*) No; que no vuelva.

VOZ DE TERESA. Pero va a volver. A menos que lo matemos...

TERESA. (*Aterrada.*) ¿A quién?

VOZ DE TERESA. Al gallo. ¿En quién estabas pensando?

TERESA. (*Transpira, angustiada.*) ¡Ay, Dios mío!... ¿Qué me estaré volviendo loca?

VOZ DE TERESA. Pues mira, no es por alarmarte; pero eso de estar habla y habla tú solita...

TERESA. ... Como una loca, sí. ¡Qué horror! (*Se levanta intempestivamente.*) ¡Y eso es por estar ahí sentadota, sin hacer nada! (*Mira a todos lados a ver qué hace.*)

VOZ DE TERESA. (*Burlona.*) ¿Qué ya te vas a poner a fregar el piso otra vez?

TERESA. (*Determinada.*) ¡Sí!

VOZ DE TERESA. Como una loca. Lo acabas de fregar esta mañana.

TERESA. ¿Entonces les voy a dar de comer a las gallinas! (*Intenta irse.*)

VOZ DE TERESA. ¡Las vas a matar!

TERESA. (*Deteniéndose.*) ¿Qué?

VOZ DE TERESA. ¡Esos pobres animales van a explotar de tanto que les das de comer! (*TERESA, desamparada, no sabe qué hacer.*)

Mira, serénate y ven acá. (*TERESA, obediente, regresa junto a la grabadora.*) Vamos a enfrentar el problema.

TERESA. (*Azorada.*) ¿Qué? ¿De qué problema estás hablando?

VOZ DE TERESA. Tú sabes muy bien de qué problema estoy hablando. Estoy hablando de tu problema amoroso.

TERESA. (*Nerviosa.*) ¡Ay!

VOZ DE TERESA. (*Severa.*) Sí; ya basta. Hace tres meses que estás aquí encerrada desde que te abandonó tu marido. ¡No me interrumpas, Teresa! Sí; te abandonó y ya te pidió el divorcio y tú, quién sabe por qué, no se lo has querido dar. ¡Dáselo ya y déjate de payasadas! ¿Qué bueno que se fue! ¡Mejor! ¡Mejor para ti y peor para la que se lo llevó! ¡Viva la liberación femenina! ¡Arréglate, sal y consíguete otro hombre!

TERESA. (*Histérica, encima del parlamento grabado.*) ¡No!... ¡No!... ¡Cállate!... ¡No voy a oír! (*Se cubre las orejas con las manos; pero las vuelve a descubrir al darse cuenta de la inutilidad del recurso. Grita al final del parlamento grabado.*) ¡No!

Las gallinas vuelven a oírse en estrépito, cubriendo la voz grabada de TERESA. TERESA está abatida. Un piano se va abriendo camino entre el cacareo y acaba por imponerse y hacer desaparecer a las gallinas.

TERESA. (*Canta con el piano.*)

Gumersindo del bosque en el pecho,
de mirada de fiero animal,
¿por qué me hablabas de un amor eterno,
si ni siquiera sabías amar?

En el bosque de tu pecho
me internaba, sin mirar
que otra mano, en otro lecho,
desbrozaba trecho a trecho
tu maleza pectoral.

Qué engañosa es la enamada
de la vida conyugal;
cuando acuerdas ya no hay nada,
ni espesuras, ni cañadas...
(*Hablado.*) y te encuentras en medio de una
[maldita carretera
(*Cantado.*)—sin saber para dónde ganar.

Gumersindo, mira el mal que me has hecho;
qué canallada me viniste a hacer.
¡No-no-no, no-no-no, no hay derecho
que se le haga esto a una infeliz mujer!

El piano de la pista termina y casi inmediatamente se escucha un timbre.

TERESA. Ay..., ¿quién podrá ser?

TERESA *apaga la grabadora. Trata de acicalarse rápida, nerviosamente, sin conseguir ninguna mejoría. Se dirige a un lado del escenario, al tiempo que aparece GABRIELA con quien casi tropieza. GABRIELA es una mujer joven, más alta que TERESA, guapa, elegante. Viste de negro.*

TERESA. (*Sorprendida.*) ¿Quién?... ¡Ah!

GABRIELA. Sí, Teresa, soy yo. (*Abre los brazos.*) ¿No me das un abrazo?

TERESA. ¡Qué sorpresa!; ¡nunca me imaginé...!

GABRIELA. (*Ahogándola en un abrazo.*) ¡Tanto tiempo, tanto tiempo!... ¡Tanto... tiempo! (*La mira, enternecida.*)

TERESA. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

GABRIELA. (*Al borde del llanto.*) Te fallé, ¿verdad? Te fallé...

TERESA. (*Descorazonada.*) Ay; ¿volviste a reprobar matemáticas?

GABRIELA. (*Mirándola.*) ¡Qué gusto me da volver a verte!

TERESA. (*Sonriendo.*) ¿Sí?

GABRIELA. (*Intempestivamente va a sentarse a una de las sillas.*) Me invitas a sentarme, ¿verdad? Estoy que no puedo ni tenerme en pie...

TERESA. Sí, perdón; ¿no te quieres sentar?

GABRIELA. (*La mira, compungida.*) Tú, en cambio, estás estupefacta.

TERESA. (*Mirándose.*) De momento no; creo que no. Pero con una manita de gato... ¡Qué fachas, Dios mío! ¿Por qué no avisas?

GABRIELA. (*Nuevamente enternecida.*) ¡Ay, Teresa, tú me enseñaste todo en la vida! ¡Me enseñaste... todo!

TERESA. (*Ríe.*) Intenté regularizarte en matemáticas.

GABRIELA. ¡Matemáticas!... ¡Y cómo me enseñaste matemáticas!... ¡Con qué paciencia, con qué amor! ¡Como una madre!

¡Como una verdadera madre! (*A punto del llanto.*) ¡Como la madre que nunca tuve!... Bueno, que sí tuve; pero como si no... ¿Sabes que tuvo el descaro de mandarle una tarjeta a mi padre para su cumpleaños... desas que dicen un versito y tienen un beso pintado?... ¡Qué horror! ¡Y va en el sexto marido!...

TERESA. ¿Ah, sí? ¡Qué astuta!

GABRIELA. ¡Y tú, Teresa, viniste a sustituirla!

TERESA. (*Sonríe, incómoda.*) ¿Te parece?

GABRIELA. ¡Qué clases me diste, qué bárbara!... ¡En tu casa, todas las tardes!

TERESA. Tu padre me las pagaba. Muy mal, por cierto.

GABRIELA. Es que mi padre no sabe qué hacer con tanto dinero que tiene. ¡Es un fastidio!

TERESA. Podía haberme pagado mejor, por ejemplo.

GABRIELA. Es que sufre. ¡El pobre! Estaba harto de que yo reprobara y reprobara matemáticas. "Las matemáticas son muy importantes, hija", me decía. Y lloraba. ¡Pobre!... Es que yo era una burra.

TERESA. (*Asombrada.*) ¿Finalmente aprobaste matemáticas?

GABRIELA. Jamás.

TERESA. Entonces sigues siendo una burra.

GABRIELA. No; ya no.

TERESA. ¿Cómo?

GABRIELA. Ya no soy burra porque dejé la escuela.

TERESA. (*Dudosa.*) Ya veo.

GABRIELA. (*Satisfecha.*) Sí.

TERESA. (*Inquieta de pronto.*) ¿Yo te aconsejé que dejaras la escuela?

GABRIELA. No.

TERESA. ¡Qué alivio!; habría sido una enorme responsabilidad.

GABRIELA. Aunque en cierto sentido sí, porque una de las cosas que me enseñaste es que todo era relativo en este mundo. Entendí que yo era burra al no aprender matemáticas, pero sólo en relación con la escuela; al dejar la escuela, las matemáticas ya no importaron y dejé automáticamente de ser burra. (*Sonríe, encantada.*)

TERESA. ¡Si Einstein te oyera...! (*Deprimida.*) Soy una maestra pésima.

GABRIELA. ¡Eres una maestra maravillosa!; me enseñaste todo... Bueno, casi todo.

TERESA. Lo único que yo tenía que haberte enseñado eran matemáticas y en eso, por lo visto, fallé.

GABRIELA. (*Nuevamente compungida.*) No; te fallé yo a ti, Teresa... ¡Yo a ti!

TERESA. Bueno, si te sirve de algún alivio, podríamos decir que nos fallamos la una a la otra. Tú no aprendiste matemáticas y yo no te las supe enseñar. ¿Satisfecha?

GABRIELA. (*La mira un momento, desconcertada.*) Cuando dije que había aprendido todo de ti, no estaba incluyendo las matemáticas, naturalmente.

TERESA. (*Desconcertada a su vez.*) ¿Ah, no?

GABRIELA. Claro que no. Las matemáticas no han sido, no son, ni serán nunca nada importante en mi vida.

TERESA. Menos mal que me lo aclaras.

GABRIELA. ¡Ay, Teresa, por lo visto ya se te olvidó cómo eran nuestras clases!

TERESA. (*Esboza una sonrisa incómoda.*) ¿Cómo eran?

GABRIELA. ¡Ay!... Mi padre te pagaba por dos horas diarias de clase...

TERESA. ¿Eran nada más dos horas?

GABRIELA. Cinco minutos de esas dos horas los dedicábamos a las matemáticas... nada más.

TERESA. Mira..., ¿cómo te llamas?

GABRIELA. Gabriela Kopfschmerz.

TERESA. Mira, Gabriela, si me vienes a reclamar por aquellas clases...

GABRIELA. ¡No, no!

TERESA. ...tendré que decirte que si sólo te daba cinco minutos de clase... —que eso de cinco minutos es una exageración tuya, ¿eh?

GABRIELA. Eran cinco minutos, reloj en mano.

TERESA. Sí; ¡si no hacías más que mirar el reloj cuando te daba la clase! ¡era horrible! ¡Y luego empezabas a dar unos bostezos...! Así es que mira, si yo sólo te daba cinco minutos de clase, era por culpa tuya. ¡¿Cómo se le pueden enseñar matemáticas a unas fauces que te bostezan en las narices?!... ¡Eso no es estimulante!... Y perdona lo de fauces, no era nada personal... ¡Pero tú no ponías nada de tu parte! ¡Eras una burra! ¡Llevabas cinco años repitiendo el segundo de secundaria!... ¡Y no pienso devolverte un centavo del dinero que cobré! ¡Ya!

GABRIELA. ¿Y quién te está pidiendo que devuelvas nada?

TERESA. (*Desconcertada.*) Ah, ¿no era eso?

GABRIELA. ¡Claro que no!

TERESA. (*Sintiéndose ridícula.*) Ah... Perdona lo de las fauces, ¿eh?

GABRIELA. ¡Pero si aprendí tanto de ti, Teresa!

TERESA. (*Después de una pausa.*) ¿Que ya entonces me hablabas de tú?

GABRIELA. No. ¿Te molesta que te hable de tú?

TERESA. (*Molesta.*) No. Me da igual.

GABRIELA. Gracias. Eran cinco minutos diarios perdidos con las matemáticas...

TERESA. Irremediablemente perdidos, sí.

GABRIELA. (*Enternecida nuevamente.*) ¡Pero en cambio los otros ciento cincuenta y cinco minutos...! (*Se detiene, insegura.*) ¿Eran ciento cincuenta y cinco?

TERESA. A mí se me hacían siglos; pero una hora cincuenta y cinco minutos, nada más dan ciento quince minutos.

GABRIELA. Nunca fui buena para las matemáticas.

TERESA. No.

GABRIELA. Pero volviendo al punto; la clase que me dabas en el tiempo que quedaba...

TERESA. ¿Cuál clase?; ¿estás loca? Eso no era clase. La clase se acababa a los cinco minutos.

GABRIELA. (*Contrariada.*) ¿Y entonces qué era?

TERESA. Pues era... charla... Hablábamos de esto y de aquello...; de todo...

GABRIELA. ¡A eso me refiero!

TERESA. (*En guardia.*) ¿A qué?

GABRIELA. ¡A que era una clase! ¡La mejor que he tenido en la vida! ¡En esa clase aprendí todo! (*Nuevamente enternecida.*) Me enseñaste a vivir, Teresa.

TERESA. (*Después de una pausa.*) Ah, ¿sí?

GABRIELA. ¡Fue maravilloso!

TERESA. ¡No me digas!... ¿Pues de qué hablábamos, oye?

GABRIELA. De todo. Era una clase completa; constaba de todas las materias. ¡No era una clase, eran cien, mil..., treinta escuelas completas! ¡Hablábamos de todo, de todo! Especialmente de ti y de mí.

TERESA. (*Incómoda.*) Bueno, pues... me alegra que hayas aprovechado algo, aunque no haya sido lo que debías.

GABRIELA. (*Casi llorando de agradecimiento.*) Gracias. De todo corazón: gracias.

TERESA. De nada, de nada. Después de esto no vuelvo a dar una clase en los días de mi vida. (*Pausa.*) ¿Estás de luto?

GABRIELA. No; ¿por qué?

TERESA. Andas de negro.

GABRIELA. (*Dándose cuenta.*) ¡Ah!... Sí; un poco.

TERESA. (*Después de una pequeña pausa.*) ¿Qué?

GABRIELA. (*Enfadada.*) ¡Ay, es que no me lo preguntaste al principio y se me olvidó!

TERESA. (*Alarmada.*) ¿Qué cosa?

GABRIELA. Pues eso.

TERESA. Creo que estoy totalmente perdida en la conversación.

GABRIELA. Me puse este vestido para que me preguntaras... *desde el principio.*

TERESA. ¿Y cuándo comenzó? No me enteré...

GABRIELA. (*Malhumorada.*) ¡Ay, ya no importa!

TERESA *la mira un momento, desconcertada; pero ya no quiere hacer más preguntas. Suspira y se dirige a la grabadora; oprime el botón de play y escuchamos una*

VOZ DE HOMBRE. ¿Por qué te pones así? ¿Para qué quieres comprender a esa muchacha? No vale la pena... Si su padre quiere pagarte para que ella venga a perder el tiempo contigo dos horas diarias, es asunto suyo. Tú guárdate el dinero y ya está. Es una tonta... Platica con ella de lo que sea, de lo que se te ocurra...

TERESA. (*A la grabadora.*) ¡Ése es el problema, no se me ocurre nada! ¡Esa mujer me seca el cerebro!

VOZ DE HOMBRE. Háblale de lo que haces el resto del día, cuando no estás con ella. Oye, ya no tengo camisas. No; ese dinero es tuyo. ¿De veras no te importa? La verdad es que me vendría muy bien una media docena de camisas...



TERESA *apaga la grabadora. Mira a GABRIELA que parece estar sumida en sus pensamientos.*

TERESA. ¿Y entonces?

GABRIELA. (*Con un pequeño sobresalto.*) ¿Eh?

TERESA. (*Sonríe.*) ¿En qué estabas pensando?

GABRIELA. En nada.

TERESA. (*Sonríe, malvada.*) Lo creo perfectamente.

GABRIELA. (*La mira un momento.*) ¿De veras no te importa que te haya fallado? (*TERESA la mira sin contestar.*) Contigo nunca sabe una a qué atenerse... ¿eres tan inteligente!

TERESA. ¿Ése es un cumplido o un reproche?

GABRIELA. No sé... Sí sé. ¡Claro que es formidable que seas inteligente y todo eso!...; ¡he aprendido tanto de ti!...; ¡te debo tanto!... Pero no sé; de pronto me gustaría poder hablar contigo directamente, sin rodeos... Ya sabes a lo que me refiero.

TERESA. No; te juro que no.

GABRIELA. ¿Lo ves?... ¡Ay, qué difícil es!

TERESA. (*Después de una pequeña pausa.*) ¿A qué viniste, Gabriela?

GABRIELA. ¿Qué?

TERESA. ¿A qué viniste?

GABRIELA. (*Nerviosa.*) A verte. A hablar contigo.

TERESA. ¿De qué?

GABRIELA. ¿Cómo de qué? ¿No sabes de qué?

TERESA. (*Exasperada.*) Mira, niña, no tengo las menores ganas de ponerme a jugar a las adivinanzas contigo. Si no tienes nada concreto que decirme, ¿qué te parece que demos por terminada tu atenta cuanto inesperada visita, eh? Tu padre hace tiempo que dejó de pagarme las clases y yo tengo cosas que hacer.

GABRIELA. (*Angustiada.*) Me estás corriendo igual que la última vez...

TERESA. ¿De qué hablas?

GABRIELA. La última vez que vine a clase me corríste. Estabas muy enojada conmigo y yo nunca supe por qué...

TERESA. (*Recordando de pronto.*) ¡Ah!...; ¡eso!...

TERESA *se dirige lentamente a la grabadora y la echa a andar. Escuchamos la*

VOZ DE HOMBRE. ¡No, no, Teresa, esto no puede ser! ¡Se acabó!... ¿No te das cuenta?; ¡se acabó!... Tú y yo no podemos seguir viviendo juntos, etcétera, etcétera.

TERESA. (*A la grabadora, angustiada.*) Gumersindo, dime una cosa...; una sola cosa... ¿Hay otra?

VOZ DE HOMBRE (*Después de una pequeña pausa.*) Sí, hay otra; pero no es eso, no se trata de eso. Se trata de ti y de mí, Teresa, ¿no lo ves?... ¿No lo ves?... ¿No lo ves?...

TERESA *apaga la grabadora y se queda ahí mismo, muy abatida, sin mirar a GABRIELA.*

GABRIELA. (*Que la ha visto todo el tiempo, dice después de una pequeña pausa.*) De veras que no te entiendo. Con todas las clases

que me has dado, no he aprendido a entenderte... completamente. ¿Por qué estabas tan enojada... aquella vez?

TERESA. (*La mira.*) No estaba enojada. Y si lo estaba, no era contigo, sino conmigo misma. Perdóname. Me sentía mal y no podía soportar tener a nadie en mi casa. ¿Estuve muy grosera?

GABRIELA. Habías terminado con Gumersindo...; con tu marido.

TERESA. ¿Te enteraste? ¿Cómo te enteraste?

GABRIELA. Lo sabía.

TERESA. Después me arrepentí de haber dado por terminadas las clases. En ese momento era la única entrada que yo tenía. Perdóname si fui grosera.

GABRIELA. ¿Y por qué te sentías mal?

TERESA. ¿Cómo por qué?

GABRIELA. (*Como si en esta pregunta le fuera la vida.*) Tú querías deshacerte de Gumersindo, ¿no?...; de tu marido.

TERESA. (*Se asombra tanto de oír esto, que tiene que sonreír.*) ¿Quién te dijo semejante cosa?

GABRIELA. Tú.

TERESA. ¿Yo?

Hay una pequeña pausa de desconcierto de ambas. TERESA se dirige nuevamente a la grabadora y la echa a andar. Se escucha la

VOZ DE HOMBRE. Háblale de lo que sea; cualquier cosa, lo primero que se te venga a la cabeza. Inventa. ¿Qué no tienes imaginación?

TERESA *apaga la grabadora. Mira a GABRIELA.*

TERESA. Sólo por curiosidad, Gabriela, ¿recuerdas con exactitud qué fue lo que yo te dije?

GABRIELA. (*Inquieta.*) No; con exactitud no... No eran precisamente las palabras...

TERESA. ¿Qué era?

GABRIELA. No sé; todo... ¡Era muy claro!

TERESA. (*Paciente.*) ¿Qué era muy claro?

GABRIELA. ¿Que querías que me enamorara de tu marido!

TERESA. ¡¿Qué?!

GABRIELA. Y cuando una mujer quiere que otra se enamore de su marido, es porque ya no lo quiere para sí misma, ¿no? ¡Es muy claro!... (*Amilanándose ante la mirada de TERESA.*) Me parece a mí... A menos que... hubieras querido que... los tres... No, ¿verdad?

TERESA. (*La mira, estupefacta.*) No sé lo que estás diciendo.

GABRIELA. Creo que yo tampoco.

TERESA. (*Intenta controlarse.*) ¿Quieres hacer el favor de explicarme cómo fue que tu cabecita concibió la absurda idea de que yo quería que te enamoraras de mi marido?

GABRIELA. (*Aterrada.*) ¿Me equivoqué?

TERESA. (*Casi dulce.*) ¿Qué fue lo que te dio esa idea, mi amor?

GABRIELA. (*Risita nerviosa.*) ¡Pero si poco faltó para que me lo echaras en los brazos!

TERESA. Ah, ¿sí?

GABRIELA. (*Decidida.*) ¡Sí, sí!; ¡estoy segura! ¡Sí!

TERESA. (*La mira un momento, muy controlada.*) Cuéntamelo todo.

GABRIELA. Me das miedo... Creo que mejor me voy. (*Hace el intento.*)

TERESA. ¡Si das un paso fuera de esta casa, te mato! (*GABRIELA se vuelve, muy confundida y asustada.*) Siéntate y cuéntamelo todo.

GABRIELA. (*Se sienta y dice quejosa.*) ¡Quién te entiende!

TERESA. Cuéntame cómo fue que echaba a mi marido en tus brazos, anda. Sé buena niña y cuéntamelo.

GABRIELA. (*Dubitativa.*) ¿Estás segura que...?

TERESA. (*Intenta una sonrisa.*) Completamente segura... y calmada.

GABRIELA. ¿Sí?

TERESA. Pero la calma la podría perder a la menor provocación de tu parte, corazón. (*Le sonríe.*)

GABRIELA. Bueno, pues... hablabamos. Ya sabes. Hablabamos mucho. Yo... te hablaba de mí..., de mis tonterías. De lo encerrada que me tenían mi padre y mi tía en la casa...

TERESA. (*Tratando y logrando mal reprimir su impaciencia.*) Sí; ya sé.

GABRIELA. Ya sabes. En fin... te hablaba de lo muy poco que sabía de la vida. (*Ríe.*) Hacía apenas dos años que había dejado de jugar con muñecas. Las muchachas de mi salón no se querían juntar conmigo; les parecía una boba. A ti también te parecía una boba; pero me lo decías y me tenías paciencia...

TERESA *oprime el botón de la grabadora. Oímos la*

VOZ DE HOMBRE. Tenle paciencia... y cobra.

TERESA *apaga la grabadora.*

GABRIELA. ¿Qué?

TERESA. ¿Qué más?

GABRIELA. (*Cada vez más segura de sí misma.*) Y tú... Tú me hablabas... ¡tan bonito! ¡Aprendí tanto de la vida y te estoy tan agradecida!...

TERESA. Te puedes ahorrar tu agradecimiento; tu padre me pagaba. Mal; pero me pagaba.

GABRIELA. También pagaba mi colegiatura en la escuela y ahí no aprendí nada.

TERESA. No habrá sido por culpa de la escuela. ¿Qué más?

GABRIELA. ¿De qué?

TERESA. ¿Cómo de qué? Todavía no me has dicho cómo era que echaba a mi marido en tus brazos.

GABRIELA. ¡Ah, sí!... Tú, por tu parte, no hacías otra cosa que hablarme de tu marido. Mi marido esto, mi marido lo otro...

TERESA. (*Sin poder creerlo.*) ¿Y porque yo te hablaba de mi marido, tú pensabas que...?

GABRIELA. Decías que era tan guapo, tan inteligente, tan... hombre...

TERESA. ¿Y qué con eso?

GABRIELA. ¡Me lo decías todos los días!

TERESA. (*Comienza a perder el control.*) ¡Porque tú me lo preguntabas todos los días!

GABRIELA. Pero si yo lo conocía. Lo veía entrar y salir de la sala a cada rato. A veces se quedaba a decirte algo. Yo sabía cómo era.

TERESA. ¿Y entonces por qué me preguntabas?

GABRIELA. Porque a ti te gustaba decirme cómo era.

TERESA. (*Muy enojada.*) ¡A mí no me gustaba decirte cómo era! ¡Pero tú preguntabas y preguntabas y yo te decía! ¡Y hasta tenía que inventar!

En un gesto de impaciencia, TERESA vuelve a echar a andar la grabadora y escuchamos la

VOZ DE HOMBRE. Háblale de lo que sea. Lo que se te ocurra. Inventa. Esa niña es una babosa.

TERESA. (*A la grabadora.*) ¡Estúpido! (*La detiene.*)

GABRIELA. Y otra vez y otra vez me decías que era tan guapo y tan fuerte... y tan buen amante. Me lo repetías tanto como se repiten los comerciales en la televisión. ¿Qué querías que yo pensara? Que me lo estabas vendiendo.

TERESA. (*Abatida.*) ¡Como cualquier vil producto del mercado!

GABRIELA. Sí.

TERESA, abatida, se pasea de un lado a otro. GABRIELA la mira, imperturbable. TERESA vuelve a enfrentarla.

TERESA. Sí, perdóname. Fue mi culpa. Tienes razón. Era lógico que pensaras... lo que pensaste. ¡Pero qué tonta soy!... ¡Dios mío!

GABRIELA. (*Cobrando nuevo valor.*) Tú decías que era muy guapo... y si quieres que te diga la verdad, a mí no me lo parecía tanto.

TERESA. (*Sorprendida.*) ¿Ah, no?

GABRIELA. Del montón.

TERESA. (*Ligeramente ofendida.*) Era muy guapo.

GABRIELA. A mí me parecía del montón. Fortachón sí era; pero también era un engreído. Con aquella ropa tan ajustada que se ponía... ¡Y era un necio y un patán! Aunque decías que era inteligente, yo veía que tú eras mucho más inteligente que él... Y te trataba como si fueras una retrasada mental. ¡Eso me ponía tan furiosa!... ¡Y luego te quitaba todo tu dinero para comprarse ropa... ajustada! (*TERESA la mira sin poder creer lo que oye.*) ¿Cómo no iba a pensar que te querías deshacer de él? ¡Era un espanto!

TERESA. (*Ríe, desarmada.*) ¡Bueno, menos mal que así te lo parecío! (*Va a tomarle las manos.*) Perdóname, Gabriela. Mira, estoy de acuerdo contigo en que soy muy inteligente; pero a veces la gente más inteligente es la que comete las burradas más grandes. (*Ríe.*) ¡Y tú que eres tan burra, me has venido a dar hoy una lección!... No; verdaderamente uno no debe menospreciar nunca a nadie. Yo hablaba y hablaba sin darme cuenta de lo que decía..., sin importarme..., porque pensaba que hablaba con una idiota. ¡Y hete aquí que tú te dabas cuenta de muchas más cosas de las que yo podía ver en ese momento!

GABRIELA. ¿Como los horribles defectos de Gumersindo?

TERESA. (*Ligeramente incómoda.*) Por ejemplo.

GABRIELA. Y todo lo demás.

TERESA. Sí.

GABRIELA. ¡Claro!; Gumersindo no era un hombre para ti; por eso me desconcerté muchísimo cuando te vi tan enojada aquella tarde.

TERESA. (*Ríe.*) Tú pensabas que debería estar feliz por haberme librado del horror de marido que tenía.

GABRIELA. (*Ríe.*) Pues sí. (*Rien las dos.*)

TERESA. (*Suspira.*) ¡Qué cosas!

GABRIELA. (*Suspira.*) ¡Sí, qué cosas! (*Pausa.*) Yo aquella tarde me fui muy triste de tu casa, pensando que a lo mejor no debía haberle dicho a Gumersindo lo que le dije.

TERESA. (*Tomada por sorpresa.*) ¿Qué? ¿Tú hablaste con Gumersindo de algo?

GABRIELA. Sí

TERESA. ¿Qué le dijiste?

GABRIELA. (*Sonríe, orgullosa.*) Que te dejara. Que te dejara en paz. Que te dejara vivir tu vida. Que tú eras mucho más inteligente que él y que él nada más te estaba sirviendo de estorbo. Que tú pensabas que él era un horror y que estabas hasta la coronilla.

TERESA. (*Pasando gradualmente de la estupefacción a la cólera.*) ¡Pero...! ¡Pero cómo te atreviste! ¡¿Con qué derecho?! ¡Niña estúpida! ¡Entremetida! ¡Arruinaste mi matrimonio, ¿te das cuenta?! ¡Me dan ganas de sacarte los ojos!

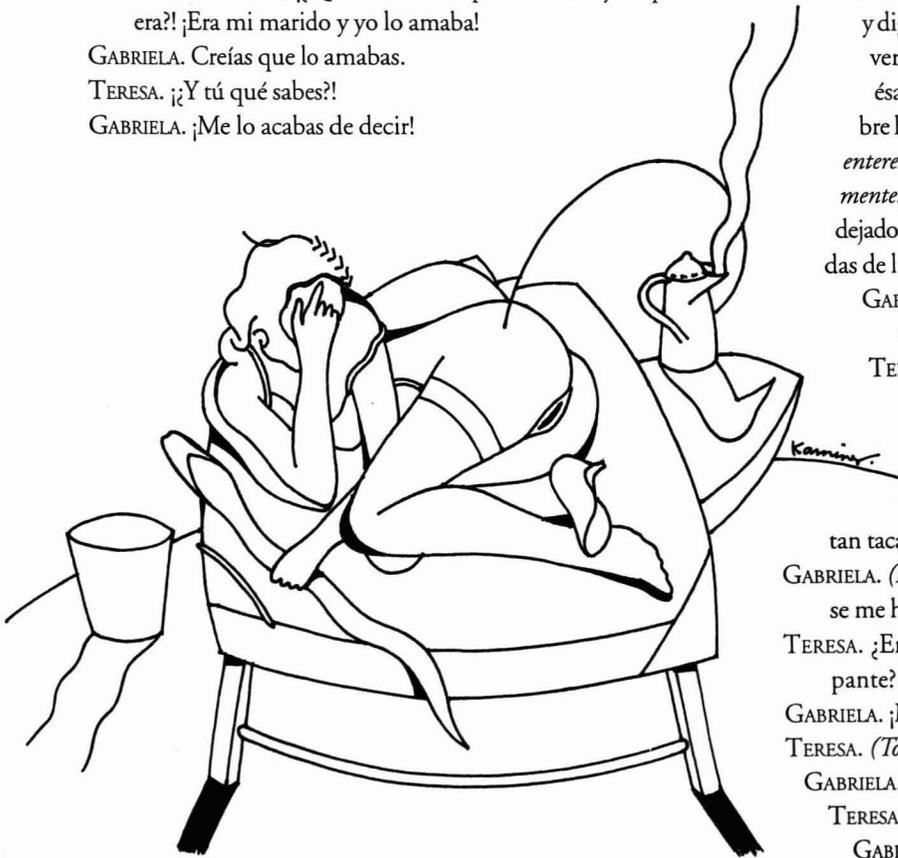
GABRIELA. (*Aterrada.*) ¡Pero era cierto!

TERESA. (*Fuera de sí.*) ¡¿Qué sabes tú lo que era cierto y lo que no era?! ¡Era mi marido y yo lo amaba!

GABRIELA. Creías que lo amabas.

TERESA. ¡¿Y tú qué sabes?! ¡

GABRIELA. ¡Me lo acabas de decir!



TERESA. ¿Qué te acabo de decir?

GABRIELA. Que yo me daba cuenta de cosas que tú ni siquiera veías.

TERESA *se queda de una pieza, mirándola. Finalmente suspira, muy abatida.*

TERESA. Sí; eso dije.

GABRIELA. Y sabes que es verdad.

TERESA. (*Abatida.*) Sí. Sí; lo peor de todo es que sí es verdad... Ese hombre era fatuo y un necio y un... ¡Además me quitaba mi dinero!... Y me hacía sentir y comportarme como una niña idiota... ¡El muy cretino!

GABRIELA. Sí

TERESA. ¡Ay, qué difícil! ¡Qué trabajo da reconocer estas cosas!

GABRIELA. Sí.

TERESA. (*La mira con sonrisa amarga.*) Y además te voy a tener que agradecer que me lo hayas quitado de encima...

GABRIELA. (*Con sonrisa amarga.*) Sí.

TERESA. (*Casi para sí.*) Pero yo lo amaba tanto... (*A GABRIELA.*) Creía que lo amaba tanto.

GABRIELA. Sí.

TERESA. Y él se fue con quién sabe qué... estúpida ramera. (*Pausa.*) Y yo me he quedado aquí... sola toda este tiempo... criando gallinas... Sin querer ver a nadie...

GABRIELA. ¡Pobre Teresa!

TERESA. No; pobre no; ¡ni se te ocurra compadecerme! En realidad estoy perfectamente...; nunca he estado mejor en la vida. He pensado las cosas. He madurado. Me he demostrado a mí misma que soy capaz de vivir sola. Soy una mujer libre y digna. (*Pequeña pausa.*) Y en este momento que puedo ver las cosas con perfecta claridad, me alegro... —sí; ésa es la expresión exacta: me alegro... de que ese hombre haya desaparecido de mi vida. (*Ahora se dirige llena de entereza a una GABRIELA que se ha ido deprimiendo gradualmente.*) ¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida, además de haber dejado la escuela? (*GABRIELA sonríe con amargura.*) ¿Por qué andas de luto? No acabaste de decirme por qué andas de luto.

GABRIELA. Me puse de luto para que me preguntaras por qué ando de luto.

TERESA. Ya te lo pregunté dos veces. ¿Tu pobre padre?

GABRIELA. No. (*Hace pucheros.*) A mí también me abandonaron, Teresa.

TERESA. Cuánto lo siento. Es terrible eso de quedarse huérfana, aunque sea de un padre tan tacaño como el tuyo.

GABRIELA. (*Exasperada.*) ¡Que no, que no se trata de mi padre, ni se me ha muerto nadie! ¡Dije que me abandonaron!

TERESA. ¿Entonces el viejo explotador sigue por ahí tan campante?

GABRIELA. ¡Me abandonó mi marido!

TERESA. (*Tomada por sorpresa.*) ¿Que estabas casada?

GABRIELA. No; no estaba; me casé después.

TERESA. ¡Ay, felicidades!

GABRIELA. (*Ofendida.*) ¡Pero me abandonó, Teresa!

- TERESA. Ay, sí, perdóname; ¡qué distraída estoy! ¡Así es que te casaste finalmente? Lo habrás hecho por tu tía y tu padre, claro...
- GABRIELA. En realidad nunca nos casamos. Pero como él decía: ¿qué diferencia hay entre estar casados y no estarlo, si se comparte la misma cama?
- TERESA. ¿Y tu padre sigue vivo después de eso?
- GABRIELA. ¡Qué mal me siento, Teresa y tú no me compadece nada!
- TERESA. Te compadezco, te compadezco. ¿Y por qué te abandonó?
- GABRIELA. (*Volviendo la cara hacia otro lado.*) Por otra. Yo le dije esta mañana: "Dime una cosa..., una sola cosa...: ¿Hay otra?" Y él me contestó: "Sí, hay otra; pero no es eso, no se trata de eso. Se trata de ti y de mí, Gabriela...: ¿No te das cuenta?"
- TERESA. Tengo la impresión de haber oído eso en alguna parte. Así es que te dejó por otra. ¡Mira qué coincidencia!
- GABRIELA. (*La mira significativamente.*) Sí; me dejó por otra.
- TERESA. (*Incómoda ante la mirada.*) No; te juro que yo no le dije nada. Ni lo conozco. Claro que me habría encantado haber podido pagarte con la misma moneda; pero no lo conozco, así es que difícilmente pude haber hablado con él.
- GABRIELA. (*Que ha dejado de mirarla.*) Es que sí lo conoces.
- TERESA. (*Asombrada.*) ¿Lo conozco?; ¡no me digas! ¿Quién es, tú?
- GABRIELA *va hasta la grabadora.*
- GABRIELA. (*A TERESA.*) ¿Me permites?
- TERESA. (*Desconcertada.*) Sírvete.
- GABRIELA *echa a andar la grabadora. Oímos un piano y reconocemos la misma canción que cantó TERESA. Ahora la canta GABRIELA ante la estupefacción de TERESA. Cuando termina, GABRIELA oprime el stop.*
- TERESA. ¿De dónde sacaste esa canción?
- GABRIELA. (*Compungida.*) La acabo de inventar.
- TERESA. No sé por qué el día de hoy me parece haber escuchado todo en alguna parte...; demasiado para ser *dejá vu*, ¿no? (*Pequeña pausa.*) ¿Tú marido?... o lo que fuera... también se llamaba Gumersindo? ¡Mira qué coincidencia! ¿Y era guapo?
- GABRIELA. No. Del montón.
- TERESA. ¿También él?
- GABRIELA. (*Exasperada.*) ¡Ay, ya, Teresa! ¡Deja de hacerte!
- TERESA. ¿Qué cosa?
- GABRIELA. (*Igual.*) ¿Que no!; ¡que no también él! ¡Es el mismo! ¡El mismísimo! (*La mira con tristeza.*) ¿Ya ves? Te hice el favor completo.
- TERESA. (*Apabullada.*) ¿No lo puedo creer!... ¿Así es que tú eras...?
- GABRIELA. (*Con humildad.*) La estúpida ramera.
- TERESA. (*Después de un momento de quedarse totalmente atónita.*) No; no es cierto. Esto lo debo estar soñando. ¡Las cosas no suceden así en la vida!
- GABRIELA. No; no suceden. No generalmente...; pero ahora sí.
- TERESA. ¿Y tienes el descaro de venir a decírmelo a mi casa?
- GABRIELA. Tenía que hacerlo.
- TERESA. No veo por qué. ¡Yo, realmente, no veo por qué! ¡Si no es una crueldad sumamente gratuita de tu parte, no sé qué otra cosa puede ser!... ¡Es el colmo! ¡Para qué vienes a decírmelo?!
- GABRIELA. ¿No ha venido por aquí para nada?
- TERESA. ¿Así es que a eso viniste?
- GABRIELA. No. Se me ocurrió la posibilidad; pero ya empezaba a darme cuenta de que no había venido para nada. Pregunté sólo para estar segura.
- TERESA. Mira, Gabriela, yo a ese... ser, no volvería a admitirlo conmigo por absolutamente nada en el mundo.
- GABRIELA. ¿No?
- TERESA. ¿Y todavía lo dudas?! ¡Pero si tú misma me acabas de hacer su descripción exacta: un ser engreído, fatuo, del montón...!
- GABRIELA. Y que se pensaba más inteligente que tú y te trataba como a una retrasada mental.
- TERESA. Y me robaba mi dinero.
- GABRIELA. Sí; todo eso. Y más todavía.
- TERESA. (*En guardia.*) ¿Como qué?
- GABRIELA. Como que nunca se preocupó por satisfacerte en la cama.
- TERESA. (*Después de una pequeña pausa.*) ¿Y eso tú cómo lo sabes?
- GABRIELA. Porque así es él. Porque sólo se preocupa de su propia satisfacción.
- TERESA. (*Reconociéndolo en este momento.*) ¡Sí es cierto!
- GABRIELA. Se cree soñado. Piensa que es un regalo del cielo para cualquier mujer y que cualquier mujer debería dar gracias al cielo por tener la suerte de que él se esté satisfaciendo en ella.
- TERESA. (*Avergonzada.*) ¡Qué horror! (*Pequeña pausa.*) ¡Y tú todavía pones en tela de juicio mi sinceridad cuando te digo que no volvería a admitirlo conmigo por absolutamente nada en el mundo! ¡Yo no sé cómo pudiste admitirlo tú si te dabas cuenta de todo eso! (*Pequeña pausa.*) ¿Por qué te fuiste con él, Gabriela?
- GABRIELA. Te estaba haciendo un favor. ¡Tú me hiciste tantos!...
- TERESA. (*La mira críticamente.*) No; eso no es cierto. Ninguna mujer se va con ningún hombre sabiendo que es un horror.
- GABRIELA. (*Después de una pausa incómoda.*) Las mujeres siempre nos vamos con los hombres aunque sepamos que son un horror.
- TERESA. (*Escandalizada.*) ¿Quieres decir que si Gumersindo quisiera volver contigo en este momento, tú lo aceptarías como si tal cosa?
- GABRIELA. (*Haciendo pucheros.*) ¿Cómo le hago para que vuelva conmigo, Teresa? Dímelo. Tú eres muy inteligente. ¿Cómo le hago?
- TERESA. ¡Dios mío, encima esto!
- GABRIELA. De ti aprendí cómo hacer para deshacerse de un hombre; pero no cómo hacer para retenerlo.
- TERESA. ¿Y no se te hace que de saberlo, habría empleado el conocimiento en mi propio beneficio?
- GABRIELA. No.
- TERESA. ¿Cómo que no?
- GABRIELA. No; porque no habría sido en tu *beneficio*.
- TERESA. Tampoco ahora sería emplearlo en el tuyo, déjame decirte.

GABRIELA. Es distinto.

TERESA. ¿Qué tiene de distinto? Gumersindo es un horror... para cualquiera.

GABRIELA. (*Suspira tristemente.*) Nadie es perfecto.

TERESA. No; especialmente Gumersindo. Le salió mal a su mamá. No sólo no es perfecto, es que es absolutamente defectuoso.

GABRIELA. Sí; para ti sí.

TERESA. ¡Y para ti no! ¡

GABRIELA. (*Echándose a llorar.*) ¡Nooo!

TERESA. (*Impaciente.*) ¡Dios mío, ¿por qué no! ¡¿Cuál es la diferencia!?

GABRIELA. (*Entre lágrimas.*) ¡Que tú eres inteligente y yo no! ¡Yo soy tonta, tonta, tonta!

TERESA. (*La mira llorar un momento, luego imperativa.*) ¡Ya!

GABRIELA. (*La mira, sin comprender.*) ¿Qué?

TERESA. (*Igual.*) Ya deja de llorar.

GABRIELA. No puedo.

TERESA. Si no dejas de llorar, te pego. (*GABRIELA deja de llorar instantáneamente.*) Mira, Gabriela, hay una enorme diferencia entre navegar con bandera de tonta y serlo realmente. Tú no eres tonta. ¡Dios mío, pero si eres mucho más inteligente que yo!

GABRIELA. (*Halagada.*) ¿De veras?

TERESA. ¡Ay, estoy tan enojada contigo..., que no sé por qué no te he pegado ya!

GABRIELA. (*Inocentemente.*) Será porque soy más grande que tú.

TERESA. (*Molesta.*) Sí...; algo hay de eso. Además porque no soy ninguna salvaje. Mira, me siento para demostrarte mi buena voluntad. (*Lo hace.*) Siéntate; vamos a hablar calmadamente, sin ofuscaciones ni nada..., como el par de mujeres sensatas que somos..., aunque haya cierto... señor... que piense lo contrario. (*GABRIELA se sienta con cierta renuencia.*) Gabriela, ¿por qué, dime, nos vamos a dejar tratar tú y yo de esta manera por un hombre que es, a todas luces, inferior a nosotras, eh? Estarás de acuerdo en que Gumersindo es inferior a nosotras... (*GABRIELA duda.*) ¡¿No!?

GABRIELA. Es inferior a ti, definitivamente.

TERESA. Si es inferior a mí, será por consecuencia inferior a ti, ya que yo soy inferior a ti.

GABRIELA. ¿Yo a quién soy inferior?; ya me hice bolas.

TERESA. Gumersindo es inferior a las dos y basta.

GABRIELA. ¿También a mí?

TERESA. A ti principalmente.

GABRIELA. ¿Principalmente?

TERESA. Principalmente

GABRIELA. ¡Ah...! ¿Por qué?

TERESA. Porque Gumersindo es un engreído, un patán de lo peor, que nos trata como si fuéramos objetos, no seres humanos racionales. Las mujeres también tenemos derechos en esta vida, ¿sabes? Somos mujeres, *mujeres*, no gallinas. ¿Tú qué eres, una mujer o una gallina?

GABRIELA. (*Lo piensa un momento.*) ¡Ay, no sé!

TERESA. (*Impaciente.*) ¿Cómo que no sabes? (*GABRIELA la mira con angustia.*) A ver, pon un huevo.

GABRIELA. ¿Para qué?

TERESA. Ponlo.

GABRIELA. No puedo.

TERESA. (*Triunfal.*) ¿Ya ves?

GABRIELA. ¿Qué?

TERESA. No puedes poner huevos, por lo tanto no eres gallina. No debemos permitir que Gumersindo nos trate como si fuéramos gallinas. ¡No somos gallinas! ¡No sabemos poner huevos!

GABRIELA. ¿No será porque somos inferiores a las gallinas?

TERESA. (*Con sonrisa autosuficiente.*) Nosotras no los sabemos poner; pero en cambio los sabemos freír.

GABRIELA. Yo no.

TERESA. ¿No sabes freír un huevo?

GABRIELA. No.

TERESA. (*Desconcertada momentáneamente, se repone.*) Bueno, no importa. Lo de las gallinas y los huevos fue un mal ejemplo. Lo único que te quería decir es que Gumersindo nos trata como si fuéramos gallinas y no lo somos. Eso es todo.

GABRIELA. ¿Y entonces?

TERESA. (*Enfadada.*) Mira, deja de hacerte la tonta; ya me entendiste.

GABRIELA. ¿Sí?

TERESA. Sí.

GABRIELA. Bueno, haz como si no te hubiera entendido. ¿Y entonces?

TERESA. ¡Es muy claro, Gabriela!

GABRIELA. Dame una ayudadita.

TERESA. Tú y yo tenemos que unirnos, Gabriela.

GABRIELA. ¿Para hacer qué?

TERESA. ¡Para defendernos de él! ¡De ese... mequetrefe!

GABRIELA. (*Después de una pequeña pausa.*) Es que yo no quiero defenderme de él, quiero que regrese conmigo.

TERESA. ¿A pesar de que sea tan inferior a ti?

GABRIELA. A pesar.

TERESA. ¿Y que se crea superior y entonces te trate como si fueras un ser inferior, casi una basura?

GABRIELA. Sí

TERESA. (*Enojada.*) Eres una tonta. No entiendes nada de nada. Eres una gallina. Peor que una gallina porque ni siquiera sabes poner huevos. Vete de aquí.

GABRIELA. Dijiste que íbamos a hablar calmadamente, como el par de mujeres sensatas que somos.

TERESA. Me equivoqué. Tú no eres sensata.

GABRIELA. Teresa, por favor, no te enojas conmigo. Te necesito. Ahora que tu marido me abandonó, sólo me quedas tú.

TERESA. (*Digna.*) Yo, niña, no asumo responsabilidad alguna por las estúpidas acciones de Gumersindo. ¡Eso me faltaba!

GABRIELA. Es tu marido. Sigue siendo tu marido. No has querido concederle el divorcio...

TERESA. Cuando lo veas, dile que ahora sí estoy dispuesta a concedérselo.

GABRIELA. ¡Pero ése es el problema: no lo voy a ver! ¡Te digo que me abandonó! No sé dónde está.

TERESA. (*Digna.*) Bueno, pues yo no soy ninguna oficina de artículos perdidos. Eso es asunto exclusivamente tuyo.

GABRIELA. Y tuyo también. Exijo una reparación.

TERESA. (*Atónita.*) ¿Exiges qué?

GABRIELA. Exijo una reparación. Tu marido me abandonó por ti.

TERESA. ¿Cómo que por mí? ¿A mí me abandonó por ti!

GABRIELA. Tú eres la causante de todo lo que me pasa. Lo conocí por ti; tú lo echaste en mis brazos; prácticamente me forzaste a que me lo llevara. Lo hice por ti. Y ahora me abandona y te niegas a decirme cómo recuperarlo... Exijo una reparación. Ustedes dos, ¿qué se creen?; no pueden tratarme como si fuera una gallina a la que sólo se le hace: "usch, usch", para que se vaya. ¡Yo no sé poner huevos;

TERESA. Ni los sabes freír tampoco.

GABRIELA. ¡Exijo que me devuelvas a Gumersindo, o que me dejes como estaba!

TERESA. (*Despectiva.*) A lo mejor si haces un esfuerquito, logras poner un huevo, querida.

GABRIELA *oprime el botón de play en la grabadora. Escuchamos las primeras notas de un tango melancólico.*

GABRIELA. (*Canta.*)

No puedo más, amiga;
no puedo más así.
Devuélveme la vida
o dame lo que perdí
por ti.

Ahora estoy enloquecida,
ya no soy la que antes fui;
antes era una chiquilla
inocente y baladí,
que ni siquiera sabía
sumar, restar, dividir.

Pero una tarde fría
y cruel te conocí.
Y hoy soy una gallina
y todos se ríen de mí
por ti.

¡Gallina, gallina!
Me lo dicen al pasar.
¡Gallina, gallina,
vete para otro lugar,
que aquí no tienes cabida
ni te necesitan ya!

No puedo más, amiga;
no puedo más así.
Devuélveme la vida
o todo lo que perdí
por ti.

Ahora vivo enloquecida,
sin el hombre que perdí.
Ya no soy una chiquilla,
ni nadie cuida de mí
y me he quedado en la vida
sin tu marido y sin ti.

Sólo soy una gallina
y todos se ríen de mí
por ti.

TERESA *va y pone stop en la grabadora.*

TERESA. ¡Oye, no, chiquita, a mí no me vas a echar la culpa de tus cosas y tus porquerías!

GABRIELA. Tenme compasión, Teresa; soy una mujer desesperada.

TERESA. ¡Bueno, por el amor de Dios, ¿y qué quieres que yo haga?!

GABRIELA. Aconsejame. ¿Cómo le hago para recuperar a Gumersindo?

TERESA. No tengo la menor idea; pero te tengo una mala noticia: No creo que lo recuperes.

GABRIELA. (*Angustiada.*) ¿Por qué?

TERESA. Porque te tiene por la tonta más grande del mundo y te desprecia profundísimamente. Por eso.

GABRIELA. ¿Él también?

TERESA. Sobre todo él.

GABRIELA. ¿Qué voy a hacer?

TERESA. ¿Qué tú no tienes ni el menor asomo de dignidad, Gabriela, o qué te pasa?

GABRIELA. No sé; ya no sé nada.

TERESA. ¿Ya no? Pues mira, siendo así, yo me lavo las manos. No sirves para nada. Yo que tú me pegaba un tiro.



GABRIELA. (*Patética.*) Sí...; tienes razón. (*Va hacia la salida.*) Eso será lo mejor. Adiós.

TERESA. ¡Oye no, espérate!

GABRIELA. (*Se vuelve, esperanzada.*) ¿Qué?

TERESA. Antes de que te mates, me tienes que contestar una pregunta.

GABRIELA. (*Decepcionada.*) ¡Ah!...

TERESA. Hace rato me preguntaste si Gumersindo no había venido aquí para nada... ¿Qué te dio la idea de que pudo haber venido?

GABRIELA. Él me lo dijo.

TERESA. (*Cauta.*) ¿Qué te dijo?

GABRIELA. Me dijo: "Yo no sé cómo pudo haberseme ocurrido dejar a Teresa por ti." ¡Fíjate!

TERESA. ¡El muy estúpido! ¡Menos mal que se dio cuenta...!

GABRIELA. (*A punto del llanto.*) Y cuando le pregunté que si pensaba volver contigo, me dijo que sí. ¡Fíjate!

TERESA. Espérate un poco antes de que te pongas a llorar. Dime una cosa: ¿que tu padre ya no te da dinero, Gabriela?

GABRIELA. (*Llanto incontinente.*) Ni un centavo, desde que se enteró. ¡Ni un centavo!...

TERESA. ¿Cuándo fue que se enteró?

GABRIELA. La semana pasada. ¡Te fallé, Teresa!; ¡no pude seguir manteniendo a Gumersindo y ahora se va a regresar contigo y te va a seguir haciendo la vida imposible! ¡Perdóname!... ¡Ahora sí ya me puedo ir a suicidar?

TERESA. (*Furiosa.*) ¡Ese Gumersindo es un...! ¡¿Pero qué se ha creído?! ¡¿Se cree que puede volver conmigo cuando se le dé la gana?! ¡¿Qué se cree que soy qué, o qué?! ¡Ay, yo a ése lo voy a matar, perdóname!

GABRIELA. Antes de matarlo, ¿no querías decirle que me suicidé? Y luego... ¡Ay, no, qué tonta!; te iba a decir que luego me contaras qué cara había puesto. Adiós. (*Da media vuelta.*)

TERESA. ¿A dónde vas?

GABRIELA. (*Autocompasiva.*) Al único lugar del que jamás se regresa...

TERESA. ¡Ay, que horror de cursilería!... Gabriela, ven acá.

GABRIELA. (*Se detiene, sin volverse.*) ¿Para qué?

TERESA. Una mujer tan tonta como tú, es capaz de ir a suicidarse de veras. Ven acá.

GABRIELA. (*Se da la vuelta.*) ¿Qué cosa?

TERESA. (*Le da trabajo decidirse a hablar.*) Mira, tú no eres una mala muchacha después de todo. Si no fueras tan tonta...

GABRIELA. Yo ya no sé qué soy.

TERESA. Si cuando menos hubieras sido capaz de aprender un poco de matemáticas...

GABRIELA. ¿Qué?

TERESA. ...Tendrías algo que te diferenciara de las gallinas...; ¡pero no, ni eso!

GABRIELA. ¿Tú crees que si yo hubiera aprendido un poco de matemáticas, Gumersindo...? (*Se detiene.*)

TERESA. (*Con resignación.*) Ay, es inútil contigo... Bueno, mira, sí; si hubieras aprendido un poco de matemáticas, Gumersindo. Lo que quieras. No te suicides. Ya.

GABRIELA. (*Volviendo a la vida.*) ¿Y... tú también?

TERESA. (*Comenzando a perder nuevamente la paciencia.*) Yo también, Gabriela; yo también.

TERESA va a la grabadora y la echa a andar. Oímos un timbre de teléfono.

TERESA. (*De cara a la grabadora.*) ¿Bueno?

LA VOZ DE HOMBRE. (*Sale de la grabadora, tono humilde.*) ¿Teresa?

TERESA. (*Vacilante.*) ¿Quién...?

LA VOZ DE HOMBRE. Soy yo... Gumersindo.

TERESA. (*Temblorosa.*) ¿Qué quieres?

LA VOZ DE HOMBRE. ¿Podría hablar contigo?

TERESA. (*Tratando de dominar el miedo.*) ¿De qué quieres hablar conmigo? ¿Quieres el divorcio? Concedido.

LA VOZ DE HOMBRE. (*Después de una pausa.*) Te necesito.

TERESA. ¡Ahora sí, ¿verdad?!

LA VOZ DE HOMBRE. Te quiero. Nunca, realmente, he dejado de quererte. Algo pasó que...; tengo que explicarte, si me permites hablar contigo. Déjame hablar contigo, Teresa, por favor.

GABRIELA. Pregúntale si me volvería a querer si aprendo matemáticas.

TERESA. (*A la grabadora.*) Dice Gabriela que si la volverías a querer si aprende matemáticas.

LA VOZ DE HOMBRE. (*Desconcertada.*) ¿¿Qué?!

TERESA. (*A GABRIELA.*) Dice que sí. (*A la grabadora.*) Está bien, si quieres hablar conmigo ven esta noche; pero atente a las consecuencias. (*Apaga la grabadora y mira a GABRIELA.*)

GABRIELA. (*A punto de estallar de contento.*) Teresa, ¿me volverías a enseñar matemáticas?

TERESA. Sólo que te reconcilies con tu padre, porque voy a necesitar dinero.

GABRIELA. Me reconcilio; hago lo que sea.

TERESA. Ahora voy a cobrar el doble.

GABRIELA. (*Jubilosa.*) ¿Entonces sí?

TERESA. Bueno; pero nada más matemáticas. Y al primer bostezo, fuera. ¿De acuerdo?

GABRIELA. ¿Cuándo empezamos? ¿Mañana?

TERESA. Cuando me haya puesto de acuerdo con tu padre acerca de mis honorarios.

GABRIELA. ¡Qué contenta estoy, Teresa! ¡Qué contenta! (*Le da un gran beso en la mejilla.*) Hasta mañana. ¿A la hora de siempre?

TERESA. (*Lo piensa un poco.*) Sí; a la hora de siempre.

GABRIELA. (*Saliendo.*) ¡Qué contenta estoy! ¡Qué contenta!

TERESA la mira irse. Pausa. Una ligera sonrisa le baila en los labios. Mueve la cabeza como diciendo: ¿qué se le va a hacer? Y de pronto se pone a cacarear. Ríe. Comienza a desanudarse la pañoleta que lleva en la cabeza, al tiempo que va saliendo por el lado por donde entró.

TERESA. ¡Tengo que arreglarme! ¡Tengo que ponerme muy bella!

Y sale, dejando el escenario vacío.

FIN ◆